

Elecciones a la sombra del terror

AMBAS PARTES, palestina e israelí, se encuentran frente a similares e inéditas situaciones: la división de sus partidos gobernantes

SAMUEL HADAS - 00:00 horas - 28/12/2005

Las elecciones palestinas (25 de enero) e israelíes (28 de marzo) se realizan por vez primera de forma casi simultánea. A la sombra del terror, la interacción es evidente. Ambas partes se encuentran frente a similares e inéditas situaciones: la división de sus partidos gobernantes, partidos que, como ha señalado más de un

analista israelí o palestino, han pagado un alto precio por la dificultad de adaptarse a los cambios que vienen registrándose en sus respectivas opiniones públicas, así como en la situación regional e internacional. Con un añadido: la incapacidad para encontrar una solución al principal escollo en el camino a la paz: un terrorismo que no cesa. Un año prometedor da lugar a un año que comienza con una atmósfera enrarecida. El catalizador de la nueva situación en Israel ha sido la división del partido gobernante, el Likud, a cargo de su propio fundador, el primer ministro, Ariel Sharon, y el resurgimiento de un partido opositor, el Laborista, que intenta ofrecer al electorado una nueva agenda política, económica y social, en lugar de la agenda militar que domina el escenario político durante generaciones (por el momento, dicho sea de paso, infructuosamente). Estamos ante una situación desconocida hasta ahora en la política israelí, para muchos un *big bang*. A medida que transcurren las semanas se aprecia sus consecuencias en una política en la que la tónica dominante era la ausencia de un debate crítico y sustantivo entre gobierno y oposición sobre los grandes temas del país. Sharon emerge como el único líder con las agallas necesarias para guiar la política israelí frente a los palestinos, así como para obtener, si no el apoyo, por lo menos "la comprensión internacional" (aunque lo que preocupa en realidad es la asistencia de Washington, que, para bien o para mal, tiene en sus manos la clave para la conducción de las negociaciones a buen puerto). También los palestinos viven un escenario inédito: la división de Al Fatah, el partido que domina su política desde hace varias décadas y, no por inesperada, la significativa victoria en las recientes elecciones municipales del movimiento fundamentalista islámico radical Hamas, cuyo *brazo armado* (léase terrorista) sigue siendo a los ojos de la opinión pública israelí no solamente un escollo en el tortuoso camino de la reconducción del proceso de paz, sino el principal causante de su paralización. Los procesos internos que se producen en la política palestina son resultado de no solamente el impacto de la ocupación, sino de la inhabilidad de los líderes del Al Fatah (los *dinosaurios*, como se les ha bautizado en la calle palestina) para abordar los graves desafíos externos e internos, políticos y económicos, que enfrenta la sociedad palestina. Hamas ha sabido

sacar buen partido del descontento popular: atiende las necesidades económicas y sociales de la población, largamente ignoradas por la Autoridad Nacional Palestina (ANP), a la vez que su disciplinada jerarquía cuida escrupulosamente, como bien señala el comentarista del cotidiano israelí *Haaretz*, Bradley Burston, su imagen de liderazgo *limpio* de corrupción, a diferencia del estamento político de la ANP y Al Fatah. Una encuesta de opinión publicada el lunes último indica que Hamas podría ganar el mayor número de escaños si Al Fatah no logra unificar en una sola lista a su guardia vieja y su joven generación. ¿Podrán los concomitantes procesos electorales en marcha impulsar a israelíes y palestinos a hacer frente, de una vez por todas, a la necesidad de decidir qué clase de Estado quieren? La disyuntiva de los israelíes es la de decidir si realmente desean un Estado democrático y judío o un Estado condicionado por su dominio de un pueblo que aspira a su soberanía. Los palestinos deberán decidir entre un Estado democrático o una entidad donde el terrorismo siga campeando por sus anchas, dictando su agenda política, económica y social. El espectro de Hamas constriñe no solamente al presidente palestino, Mahmud Abbas. El principal oponente de Ariel Sharon no será el líder laborista Amir Peretz ni el flamante presidente del Likud, Benjamin Netanyahu, sino precisamente Hamas, que no tiene intención de dismantelar su aparato terrorista, ni siquiera después de incorporarse al Parlamento. Ello no sólo es inaceptable para Israel y la Administración Bush, y posiblemente para la Unión Europea, sino para los palestinos que aspiran a una solución pacífica del conflicto. Pero el Gobierno palestino carece de la voluntad política para imponer la ley y el orden en su territorio, por lo que el vicioso tema del terrorismo gravitará seguramente de forma significativa en la campaña electoral israelí. Pero no solamente hará sentir su peso en las elecciones israelíes: cada represalia a cohetes palestinos disparados casi a diario complica aún más la posición de Abbas, ante su incapacidad de poner coto a los actos terroristas. Su éxito electoral requiere concesiones políticas por parte de Israel. Pero Israel no tiene la intención de conceder algo a una ANP que no logra impedir la lluvia de cohetes que soportan las poblaciones fronterizas israelíes desde territorios palestinos evacuados hace apenas poco más de cuatro meses. Los pesimistas consideran que se está preparando el escenario para una nueva *intifada* y que las elecciones serán su detonante. Los optimistas, por su parte, confían en que los resultados electorales conlleven los cambios que gesten una interacción que modifique sustancialmente las actitudes futuras de ambas partes. Para lo que necesitarán, más que nunca, de la ayuda de la comunidad internacional, en particular de Estados Unidos.

SAMUEL HADAS, primer embajador de Israel en España y ante la Santa Sede